

**"TE RECONOCEMOS**

**SEÑOR**

**AL PARTIR EL PAN"**

**Manuel Díaz Mateos**

La proximidad del V Congreso Eucarístico Bolivariano es una ocasión propicia para reflexionar y profundizar sobre la eucaristía, misterio central en la vida de la Iglesia. Sin duda que el mismo Congreso representará un momento privilegiado para esta reflexión. Pero quisiéramos, ya desde ahora, ayudar a la preparación con este pequeño aporte inspirado en el lema adoptado por nuestros oðispos: *"Te reconocemos Señor, al partir el pan"*.

La frase alude a la narración lucana de los discípulos de Emaús, de fuertes resonancias eucarísticas, y en la que se dice que los discípulos "le reconocieron en el partir el pan" (Lc 24,32.35). A veinte siglos de distancia nosotros también hacemos nuestra la fe de los primeros testigos y confesamos con ellos: *"Te reconocemos, Señor, al partir el pan"*. Pero ¿qué significa ese reconocer al Señor? ¿Estamos seguros de comprender todo su alcance? Y por lo tanto, ¿podemos decir que le reconocemos? Ojalá las presentes líneas nos ayuden a hacer más efectiva y consciente nuestra confesión de fe.

El lema del Congreso enuncia dos acciones reconocer y partir, que se relacionan inseparablemente. Con el "partir el pan" parece que debemos entender la celebración de la eucaristía. Y con el "reconocer" estaríamos afir-

mando la "presencia" del Señor en ese sacramento, dando así nuestro asentimiento intelectual y racional al misterio: la presencia del Señor en el pan.

Todo esto puede ser verdad pero no toda la verdad. Y si lo entendemos de esta manera corremos el peligro de mutilar su sentido y no llegar a lo esencial. Y esto por dos razones elementales.

La primera razón, porque "conocer" o reconocer en la Biblia nunca implica solamente una adhesión intelectual a verdades, sino una forma de vivir y de comportarse. Conocer a Dios es amar al hermano afectiva y efectivamente (Cfr. Jr 22,16 y 1 Jn 4,7s). Reconocer al Señor, por tanto, es confesar nuestro deseo de acoger al Señor y de ajustar nuestras vidas a lo que El nos dice en "el partir el pan". Por eso trataremos de profundizar el sentido de ese "partir el pan" en este artículo. Y aquí entra la segunda razón de lo que venimos diciendo. El partir el pan alude, es verdad, a la celebración de la eucaristía, pero es al mismo tiempo inseparable de las comidas del Señor en el Evangelio.

Podemos entonces adelantar que el "partir el pan" no es un mero hecho físico que se hace sobre el pan, es más bien una forma de comer que expresa una forma de vivir. Es una expresión simbólica (acción profética) que sintetiza unos valores que se celebran, se proclaman, se comparten y se viven. Esto explicaría que, aunque en Corinto se dé el aspecto físico del partir el pan, San Pablo declare enfáticamente: eso "no es la cena del Señor" (1 Cor 11,21). El Señor tiene "su estilo" que la comunidad cristiana de Corinto, con sus divisiones y discriminaciones, no ha asimilado. Al Señor no se le reconoce en esa forma de partir el pan. Y lo que sucede en Corinto es un ejemplo y una posibilidad para todos los tiempos, incluidos los nuestros, en que confesamos "te reconocemos, Señor..." pero que no se caracterizan precisamente por la unión y solidaridad entre los creyentes.

Trataremos de comprender las implicaciones y exi-

gencias del "partir el pan" a través de las comidas del Señor en el evangelio y a través del misterio de la incompreensión del discípulo en el evangelio de Marcos.

## 1. Comida y Reino de Dios

Lucas nos dice que Jesús, puesto a la mesa con los discípulos de Emaús "tomó el pan... lo partió..." y ellos le reconocieron en el partir el pan (Cf. Lc 24,30.31.35). Al presentarnos la primera comunidad cristiana en el libro de los Hechos nos dice que "eran constantes... en el partir el pan" (Hech 2,49). Esta última expresión nos indica un mero comer juntos, como el mismo libro de los Hechos sugiere al mencionar "partir el pan" y "comer juntos" en el mismo verso (Hech 2,46). Y por eso es casi unánime la opinión que ve en "el partir el Pan" la celebración de la eucaristía (1). De esta práctica eclesial Lucas mismo es testigo cuando, acompañando a Pablo en su último viaje, nos dice: "El día del Señor nos reunimos a partir el pan..." (Hech 20,7.11). La comunidad reunida para la cena ritual, la eucaristía.

Pero hay otros momentos en que "partir el pan" no tiene connotación eucarística como en Hechos 27,35. Después del naufragio, Pablo insta a los marineros a que coman: "cogió pan, dió gracias a Dios delante de todos, lo partió y se puso a comer. Todos se animaron y se pusieron a comer". Difícilmente este "partir el pan" puede ser la eucaristía en un grupo mayoritariamente pagano (2).

Si bien es verdad que en los textos del Nuevo Testamento se designa a la eucaristía como "fracción del pan", la expresión "partir el pan" no siempre significa la eucaristía. Pablo parte el pan después del naufragio, como acabamos de ver, siguiendo la costumbre judía en que el cabeza de familia partía el pan bendiciendo a Dios. Es una especie de rito previo al comer juntos en que se toma la parte por el todo, el partir por el comer (3). La misma costumbre sigue Jesús que parte el pan en la

última cena o también con los discípulos de Emaús, pero también en la multiplicación de los panes (Cf. Mc 6,41). Partir el pan significa sencillamente comer juntos, antes de significar la eucaristía.

Pero ya en la multiplicación de los panes sentimos el eco de las palabras de la cena eucarística cuando se nos dice que Jesús, "Tomando los cinco panes... alzó la mirada al cielo, pronunció la bendición, partió los panes..." (Mc 6,41). Con razón se ha visto siempre la multiplicación de los panes como un anticipo de la eucaristía (Cf. Jn 6). Pero debemos añadir también que esta relación es doble, no sólo en el sentido de que la multiplicación de los panes apunta hacia la eucaristía, sino que ésta, a su vez, recapitula y asume los anteriores momentos en los que Jesús "parte el pan". Existe una estrecha relación entre la cena eucarística y las comidas de Jesús en el evangelio.

Tiene toda la razón J. Jeremías al prevenirnos de un peligro no siempre evitado: aislar las palabras de la institución eucarística y la misma eucaristía del contexto en que sucede. Y este contexto no es otro que las comidas de Jesús con sus discípulos y con los hombres (4), especialmente con los desclasados de su sociedad. Debemos ver el partir el pan de la eucaristía como parte de una larga serie de comidas de Jesús. Y estas comidas de Jesús, según el mismo J. Jeremías, son parte esencial de su predicación. Jesús no sólo habló en parábolas sino que actuó en parábolas. La comunión de mesa de Jesús con los hombres marginados de su tiempo es una de esas maneras privilegiadas de hablar que tienen los profetas. La comunión de mesa, el partir el pan es una acción profético-kerigmática (5) que expresa y realiza el mensaje, es decir, es un signo de la presencia del Reino y de la salvación de Dios. No podemos aislar las palabras de los gestos, pues son éstos los que demuestran la llegada del Reino (Cf. Mt 4,17; Lc 7,22). No podemos aislar la cena de las cenas sin peligro de empobrecer su sentido y de "privarla de su fuerza interpelante" (6).

### a) La comida, signo de los valores del Reino

Leyendo el Nuevo Testamento nos sorprende la frecuencia con que se habla de la comida y el alimento como símbolo de la presencia del Reino y de la salvación. "¿Por qué se ha elegido el alimento para significar una presencia? ¿No es cierto que las grandes corrientes religiosas de la humanidad han preconizado más bien la privación del alimento como medio privilegiado para entrar en contacto con la divinidad?" (7). ¿El ayuno acerca más a Dios que el banquete? Jesús elige como símbolo de la cercanía el banquete; símbolo de fiesta y alegría que contrasta con las costumbres de la época y escandaliza a los hombres religiosos de su tiempo.

Jesús mismo siente en carne propia la acusación que brota del escándalo ante este signo elegido para hablar del Reino. "Los discípulos de Juan ayunan y los de los fariseos también, los tuyos en cambio, comen y beben...", es la recriminación de sus enemigos (Lc 5,33). "Porque vino Juan que ni comía ni bebía... viene el Hijo del Hombre que come y bebe..." (Mt 11,18-19). Para Jesús la presencia del Reino no es siempre de ayuno, sino de banquete y de fiesta, lo que le merece la acusación de "comilón y borracho... pero la sabiduría de Dios ha quedado justificada por sus obras" (Mt 11,19).

La imagen de Jesús elige para hablarnos de lo que es central en su mensaje no es el éxtasis beatífico sino el banquete y la comunión de mesa, la fiesta compartida. "Les digo que vendrán muchos de oriente y occidente a sentarse a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el Reino de Dios" (Mt 8,11). Esa predicación de Jesús sobre el Reino como banquete provoca la entusiasta declaración de uno de sus oyentes: "Dichoso el que coma en el banquete del Reino..." (Lc 14,15). El ofrecimiento de la gracia de la salvación tiene su expresión máxima en el abrazo con que el padre recibe al hijo pródigo, en el banquete para el que mata el mejor ternero y en la invitación que nos hace: "¡celebrems una fiesta...!" (Lc 15,

23).

Pero Jesús no sólo anuncia la llegada del Reino sino que realiza ya la presencia en las comidas que hace con los apóstoles y con los pecadores. Y este comer de Jesús con sus discípulos y de ellos con él será una de las garantías de autenticidad de los testigos, como Pedro reconoce: "nosotros que hemos comido y bebido con El" (Hech 10,41).

Con la imagen del banquete y con la parábola en acción que son las comidas, Jesús se muestra continuador de la tradición profética que anunciaba el tiempo definitivo de la salvación como tiempo de fiesta en el que "El Señor de los ejércitos ofrece a todos los pueblos... un festín de manjares suculentos, un festín de vino de solera..." (Is 25,6).

Pero hay algo que llama escandalosamente la atención en las comidas de Jesús. Su comunión de mesa es con los desciasados y marginados de la época. Y el reproche de "acoge a los pecadores y come con ellos" (Lc 15,2; Mc 2,15) expresa el escándalo y el distanciamiento de quienes tenían la seguridad de que Dios no admitía a todos por igual a su mesa. Por eso se entiende la observación de J. Jeremías de que Jesús obró en parábolas, pero la más impresionante de todas fue el permitir que compartieran su mesa los despreciados (8). Tal vez nos resulte difícil comprender la provocación y el escándalo de este gesto de Jesús, porque las palabras no tienen para nosotros la misma fuerza. Pero los compañeros de mesa de Jesús "consistían predominantemente en personas difamadas, en personas que gozaban de baja reputación y estima, los incultos e ignorantes a quienes su ignorancia religiosa y su comportamiento moral cerraban, según la convicción de la época, la puerta de acceso a la salvación" (9).

¿Por qué entonces este signo escandaloso para anunciar la presencia del Reino? Porque los valores del Reino están en juego en este partir el pan con los hombres,

de modo privilegiado con los desclasados de su sociedad que "acudían en masa" (Lc 15,1) para escucharlo. ¿Cuáles son esos valores?

Si, como nos dice el Eclesiástico, "el pan es la vida" (Eclo 34,21) y los hombres comen para vivir, ¿qué de extraño tiene que quien ha venido para que el hombre tenga vida en abundancia (Jn 10,10) elija el partir el pan como símbolo de su misión? El símbolo cobrará todo su valor en el pan que El ofrecerá para la vida del mundo (Jn 6,33), pero ya se prefigura su poder salvador en las otras comidas de Jesús, especialmente las que tiene con los publicanos y pecadores.

Ese partir el pan con los excluidos y desclasados no es un simple alimentarse. "Acoger a una persona e invitarle a la propia mesa es una muestra de respeto y significa una oferta de paz, de confianza, de fraternidad y de perdón. En una palabra, la comunión de mesa es comunión de vida" (10). Con este gesto Jesús proclama que el hombre no vive sólo de pan, sino también de aceptación, de reconocimiento de su valor, de su dignidad, de su vida. Cristo ha venido a salvar lo perdido.

En segundo lugar, notemos que no estamos hablando sólo de "comer" sino de "compartir", no es sólo alimentarse, es comer **juntos**. Los animales comen, los hombres comparten. La comida es lugar de encuentro comunitario, sacramento de amistad (11). La experiencia de compartir juntos el mismo pan crea solidaridad (1 Cor 10, 16-17). Los grandes acontecimientos de la vida y los pactos se sellan y se celebran comiendo juntos. Comunión de vida y de compromiso expresada en una comida.

Por eso puede ser ofensiva la presencia de un comensal falso (Sal 40,10; Mt 26,20) o se extraña a un ser querido ausente. Prohibir comer con alguien significa romper la comunión con él (1 Cor 5,11). No se puede comer con cualquiera, se eligen los comensales como se eligen los amigos. La costumbre de Jesús de comer

y acoger a los pecadores choca con las costumbres y creencias de su tiempo. Y romper estas barreras sociales creó más de un problema con la iglesia primitiva: "Ustedes saben que a un judío le está prohibido tener trato con extranjeros y entrar en su casa" (Hech 10,28).

Por ser sacramento de unidad, la comida realiza la integración entre los comensales, ofreciendo perdón si la amistad había sido herida. Son elocuentes al respecto el caso de Jeconías de Judá, a quien el rey de Babilonia "cambió el traje de preso y le hizo comer a su mesa..." (2 Re 35,29), pero sobre todo el banquete que el padre organiza para reintegrar el hijo pródigo a la familia (Lc 15,22s).

La integración expresada en las comidas de Jesús se realiza desde los excluidos y proscritos de su tiempo y esta es la mejor forma de anunciar la gratuidad y la universalidad de la amistad que Dios ofrece generosamente a todos. En Cristo, Dios sale a la encrucijada de nuestros caminos para "invitar a los pobres, a los lisiados, a los ciegos, y a los cojos... hasta que se le llene la casa" (Lc 14,21-22). Por contraste la comunidad judía de los esenios proclamaba en el mismo tiempo que "los locos, los alienados, los idiotas, los dementes, los ciegos, los paralíticos, los cojos, los sordos y los mudos: ninguno de ellos podrá ser admitido a la asamblea de la comunidad..." (12). Y podríamos añadir aquí las palabras del mismo Jesús "Dichoso el que no se escandalice..." (Lc 7,23). Ese es su estilo y para eso ha venido. Su comportamiento escandaloso es difícil de aceptar para un judío piadoso que no reconoce en ese comportamiento a Dios organizando una fiesta para los desclasados.

Pero ésta es precisamente la raíz y sentido último de las comidas de Jesús: son una experiencia de Dios y una forma de hablarnos de Dios. Según J. Jeremías, para el pueblo judío la idea de comer y beber como experiencia de Dios estaba tan generalizada que recorre la Biblia desde el primer libro (Gn 3,22) hasta el último (Ap 22,17) (13).



La bendición de mesa (asociación de comida y Dios) era en tiempos de Jesús una práctica generalizada en la que el padre de familia partía el pan y pronunciaba la plegaria "alabado seas, Señor, Dios nuestro, rey del mundo, que haces nacer el pan de la tierra" a la que todos los comensales respondían "Amén". De este modo, mediante la bendición de la mesa, la comida "adquiría una profundidad completamente nueva: una comida cualquiera quedaba elevada del ámbito de lo profano al ámbito de lo religioso, de ser un acto social pasaba a convertirse en una unión a los ojos de Dios" (14). De aquí nace la exigencia judía de mirar bien con quién se sienta uno a la mesa. Y aquí radica el escándalo que Jesús provoca sentándose a la mesa con los que según la creencia de la época eran los condenados de Dios, los pecadores. La comunión de mesa es una proclamación en acción: "¡Que todos lo vean, esos hombres son aceptados por Dios!" (15). La comunión de mesa con los pecadores es la más impresionante proclamación por parte de Jesús de la presencia de la salvación, de los valores del Reino, de la llamada a la comunión y a la fraternidad. "El convite expresa así de la forma más plástica todo lo que el Reino implica no sólo de salvación, gracia y reconciliación provenientes de Dios, sino también de comunión y fraternidad humanas en torno a la persona de Jesús como centro de una nueva comunidad. De este modo las comidas vienen a ser la mejor expresión de la misión y mensaje de Jesús" (16).

Estas comidas no son la última cena, la eucaristía, a la que Jesús dará una profundidad y originalidad propias como expresión de su entrega por nosotros, pero la prefiguran y preparan de tal forma que la eucaristía es la culminación de algo que se ha venido gestando y expresando en todas las comidas de Jesús. La eucaristía incorpora e integra todos esos valores asociándolos a la muerte y entrega de Jesús "para reunir a los hijos de Dios dispersos" (Jn 11,52). También Jesús podría hacer suyas las palabras de nuestro poeta: "no poseo para expresar mi vida sino mi muerte" (17).

## b) La fracción del pan

Lucas no dice solamente que los discípulos reconocieron al Señor en el partir el pan, sino que la comunidad perseveraba en la **fracción del pan**, y parece ser que era uno de los componentes que caracterizaban a los primeros cristianos (Cfr. Hech 2,42s). En esa fracción del pan se hacía memoria de Jesús y se continuaba la práctica de Jesús. Por eso es significativo que a los reunidos para la fracción del pan se les llame "los creyentes" (Hech 2,44), porque no es un mero acto social, sino un acto que expresa la fe en el Señor Jesús y su compromiso como creyentes.

De ese compartir juntos el pan y la fe nacía la fraternidad, formaban entre sí una comunidad de "hermanos" (Cfr. Hech 6,3; 11,1; 11,29; 15,31). Para estos creyentes, el reunirse para compartir el pan era inseparable del reunirse para construir la fraternidad, porque estaban convencidos de que donde no se respeta la fraternidad no se celebra la cena del Señor. De esta comunidad que brotaba de la fe se nos dice que eran "un solo corazón y una sola alma" (Hech 4,32). La fracción del pan era el rito que expresaba y alimentaba la koinonía, la comunión de vida con el Señor y en el Señor.

Por eso se nos dice que la expresión "fracción del pan", sin ser cúllica o ritual, encierra una profunda experiencia religiosa (18). Y aquí encontramos la explicación de por qué, aunque frecuentaban el templo, partían el pan "en las casas" (Hech 2,46). No sólo por razones prácticas, sino para expresar la novedad que vivían. El culto no sólo se realiza en el templo sino en la vida, en la casa, donde se vive y se construye la fraternidad (19). El rito cristiano es inseparable del servicio mutuo en la justicia y en el amor. Partir el pan era para ellos "compartir" el pan, apuntando de este modo a la dimensión social de la eucaristía.

Construir la fraternidad que la fracción del pan expresa, conlleva diversas exigencias que el libro de los Hechos nos presenta: comunidad abierta, donde se privilegiaba a los pobres y donde se vivía la exigencia de compartir y la alegría en el Señor.

La fraternidad cristiana contrastaba con las comunidades judías o helénicas porque era **abierta** y en ella participaban indiscriminadamente sujetos de distinta procedencia social. Y todo en fidelidad a su Señor que "comía con pecadores". Las comunidades palestinas (esenias o fariseas) despreciaban y excluían "al pueblo impuro del país" (20). El cristianismo no era una secta y por eso, desde el principio mismo, se incorporaban a él grupos sociales diferentes, hebreos y helenistas (cf. Hech 6,1), cosa que el mismo Pedro confesará ser impensable para un judío (Hech 10,34).

El banquete cristiano era el reverso de los banquetes judíos. Mientras éstos alimentaban la segregación y las divisiones, la fracción del pan cristiano tenía un carácter subversivo, pues integraba a elementos de distinta procedencia nacional, social o religiosa. Dentro de esta apertura universal se entiende la polémica de la primitiva Iglesia sobre la incorporación de los no judíos a la fe (Cf. Hech 15,5s). El Reino de Dios, dirá Pablo, no es comida o bebida sino justicia, paz y alegría (Cf. Rom 14,17). Crear discriminaciones y exclusiones era "no caminar conforme a la verdad del evangelio" (Gal 2,14). La fracción del pan expresaba y creaba la fraternidad porque suprimía barreras discriminatorias entre los hombres. En la misma mesa podían sentarse el amo Filemón y el esclavo Onésimo, el fiel Santiago y el fariseo Pablo o el pagano Cornelio. La fracción del pan no era un rito de evasión o de enclaustramiento, sino un compromiso y una toma de posición frente a una sociedad dividida en grupos opuestos, justificados incluso por la religión. En esa forma de partir el pan se reconoció la presencia del Señor que vino a comer con pecadores, a salvar lo perdido y a reunir lo disperso.

Una de las formas en que aparece el escándalo de la fraternidad rota es la brecha entre ricos y pobres. Y ese desafío lo encaró también la primera comunidad que celebraba la fracción del pan. El partir el pan iba unido a una preocupación porque comieran los pobres y desposeídos de la comunidad y esto no sólo por una razón humanitaria, sino sobre todo por una exigencia de formar la iglesia concreta, que tiene el deber de rechazar las distinciones entre ricos y pobres (21). Pablo visitó la comunidad cristiana de Jerusalén a la que llama "los pobres de entre los santos" (Rom 15,26; 2 Cor 9,12). Allí sus dirigentes le comunican su inquietud más profunda, "que se acordara de los pobres" (Gál 2,10). "En la fraternidad los Apóstoles son para los pobres y así edifican la unidad de la comunidad" (22).

Es esta conciencia de la unidad en la fraternidad la que, frente a la pobreza de los cristianos de Jerusalén, hace reaccionar a los hermanos de Antioquía, que "acordaron enviar ayuda, según los recursos de cada uno, a los hermanos que vivían en Judea" (Hech 11,29), o motiva la colecta de Pablo entre sus comunidades para "atender las necesidades de los santos" (2 Cor 9,12 y 2 Cor 8,1-4).

Pero es sobre todo dentro de la misma comunidad, donde la fracción del pan lleva a la koinonía y a poner los bienes en común para que no haya pobres (Cf. Hech 2,44 y 4,34). De esta forma se presenta como la comunidad ideal, el fermento de novedad que Dios ofrece a un mundo que crea pobres.

Para ello es necesario que la comunidad que celebra la fracción del pan acepte la exigencia de compartir que la lleva a "tener todo en común y nadie consideraba suyo nada de lo que tenía" (Hech 4,32). Puede sonar a idealismo utópico ante el que sonreímos escépticos, pero esa comunidad desprendida y libre frente a la riqueza, había reconocido al Señor en la fracción del pan, el Señor que se da a todos sin reservas, hecho pan, y que está

en medio "como el que sirve" (Lc 22,27; Jn 13,16). Había comprendido la estrecha relación entre fracción del pan y solidaridad.

Finalmente, nos dice Lucas, "partían el pan en las casas y comían juntos alabando a Dios **con alegría** y de todo corazón" (Hech 2,46-47). La cena no es un banquete funerario, teñido de tristeza por la despedida y la muerte; es alegría pascual y presencia del resucitado. Esta presencia congrega a los suyos, crea fraternidad y la presenta al mundo como signo de la presencia de la salvación. Es la alegría de verse inundados por el don del Señor. Por fin los hombres pueden sentarse todos a la misma mesa para participar de la misma fiesta. De esta comunidad de hermanos reunidos a la mesa del Señor se puede afirmar que lo reconocían en el partir el pan.

## 2. **"Su corazón estaba endurecido y no habían comprendido lo de los panes" (Mc 6,52)**

Si la fracción del pan implica todo lo que hemos visto de ruptura de esquemas y de cambios de actitudes, se desprende que no es fácil reconocer al Señor en al partir el pan, pues sólo se le reconoce cuando los valores que él expresó en su entrega, en la fracción del pan, se hacen presentes y se viven. Nos resistimos a reconocer, es decir, nos defendemos del compromiso que implica partir el pan.

De esta resistencia a reconocer a Dios en ese tipo de comportamiento son eco las advertencias de Pablo a la comunidad de Corinto sobre la cena del Señor, la problemática de la primera comunidad sobre la aceptación de los no judíos y el mismo comportamiento de los discípulos que habían comido y bebido con Él, pero de los que se afirma con dureza que "no habían comprendido lo de los panes porque su corazón estaba embotado" (Mc 6, 52).

Vamos ahora a profundizar el misterio de la fracción del pan desde la perspectiva de los primeros discípulos

del Señor a los que no les fue fácil reconocer ni comprender y que se convierten en prototipo para los creyentes de todos los tiempos. El pan y el partir el pan encierran un misterio no fácil de comprender porque no es fácil de aceptar. Para ello tomaremos la sección de Marcos 6,6-8,26, conocida como **"la sección de los panes"**. El nombre está justificado no sólo porque por tres veces se nos dice que Jesús partió los panes (6,41; 8,6; 8,19) o porque la palabra "pan" aparece repetidamente, sino sobre todo porque se hace del pan un tema que debe ser comprendido y que los discípulos no acaban de entender por tener el corazón embotado. Desde esta perspectiva se comprende claramente que la intención de Marcos es más teológica y didáctica que histórica. Así parece sugerirlo el mismo comienzo de la sección "recorría las aldeas de alrededor **enseñando**" (Mc 6,6).

En la sección hay una enseñanza que se imparte sobre Jesús; Herodes y la gente preguntan por la identidad de Jesús (6,14) y Marcos nos hará recorrer un largo camino de revelación ("Yo soy" -dirá en 6,50) que debe despertar una respuesta de reconocimiento. El camino desembocará en la pregunta que el mismo Jesús hace: "¿Quién dicen ustedes que soy yo?" (8,29). Hay un progresivo y laborioso reconocimiento del Mesías que se centra en el misterio de los panes y que tiene como núcleo central las dos multiplicaciones que Marcos presenta y en la que Jesús se revela como "pan para todos" (23).

Sin entrar en comentarios detallados de las diferentes perícopas, resaltamos lo que en esta sección de los panes consideramos los núcleos principales: las dos multiplicaciones de los panes constituyen el centro de toda la narración (que a su vez subdividimos en tres momentos) y estarían enmarcadas por un prólogo y un epílogo, teniendo el siguiente resultado:

a) Prólogo, misión de los discípulos y banquete de los poderosos (6,6-29).

b) 1. Primera multiplicación de los panes y dificultad para entender (6,30-56).

2. Prescripciones sobre alimentos que impiden compartir la misma mesa (7,1-37).

3. Segunda multiplicación y dificultad para entender (8,1-10).

c) Epílogo: la ceguera y el reconocimiento (8,11-30).

#### a) El prólogo (6,6-29)

En el prólogo se subraya la presencia de dos grupos de personas, los discípulos y Herodes, y ambos serán importantes en la sección siguiente (8,15). Sobre la misión de los discípulos Marcos no da demasiados detalles. Le interesa sobre todo subrayar que ellos continúan la obra de Jesús. Más importante que lo que hacen son las instrucciones que dan. Van a predicar la **conversión**, pero los primeros que deben convertirse a Cristo son ellos. Difícilmente podrán cumplir con una misión que no han comprendido.

Para invitarles a la conversión Jesús da una buena recomendación: que vayan bien provistos... de inseguridades. Su único apoyo (su único pan 8,14) será el que los manda y por eso no deben llevar "**ni pan**, ni alforja ni moneda..." (6,8). De esta dependencia de Dios hecha entrega (pan) para los demás tratará la sección siguiente de Marcos.

Como parte también de este prólogo consideramos las opiniones sobre Jesús de la gente y de Herodes y la narración de la muerte de Juan Bautista, al que Marcos ha dado una importancia extraordinaria. Se trata de una narración premonitoria de la muerte de Jesús, pero también de sus enviados. La predicación del Reino no va a ser tan fácil y exitosa como se cree. Encontrará resistencias, sobre todo de parte de los poderosos. Por eso es importante el contexto de esta narración: un banquete, la comida de los poderosos a la que Herodes invita "a sus magnates, a sus oficiales y a la gente principal de Galilea" (6,21). Esta invitación está en claro contraste con las comidas de Jesús y con los que El sugiere que

deben ser invitados: "cuando des un banquete invita a los pobres, lisiados, cojos..." (Lc 14,13). Jesús, como pastor, va a alimentar a sus pobres en el desierto. El rey Herodes, como pastor (Ez 34,2), no cuida de sus ovejas sino que en esa fiesta decide sobre la vida de Juan. El banquete de Herodes sirve de contraste a las comidas de Jesús y nos ayuda a entender la advertencia que Jesús dará más adelante "guardarse de la levadura de Herodes" (8,15). Y la sangre derramada de un hombre "justo y santo" nos orienta a leer la sección de los panes como anticipo de la entrega de Jesús, "pan partido para todos" (24).

### **b-1) El banquete de Jesús en el desierto (6,30-56)**

Jesús se encuentra de nuevo con los enviados, los apóstoles (el único lugar en que Marcos los llama así), y los invita a descansar en un lugar despoblado. Resulta difícil identificar este "lugar despoblado" (6,31) de reposo. Porque "el reposo de los discípulos más que ambientado en un determinado lugar es colocado junto a una persona" (25). Y junto a esa persona tendrán que entrar en su intimidad y compartir su misericordia y solicitud de pastor. Eso será entender el misterio de los panes.

Aquí tenemos el primer contraste: invitados a reposar, la multitud se les adelanta y no encuentran tiempo ni para comer (6,31). Jesús siente lástima de esa multitud que ve "como ovejas sin pastor". En esta frase, de honda resonancia bíblica (Núm 27,15-17; Ez 34,5) se encierra sobre todo la solicitud de Dios que prepara una mesa para su pueblo (Sal 23,2-5) y la esperanza de reunión de un pueblo dividido y disperso. La compasión de Dios por su pueblo se encarna en Jesús, y el "reposo" del discípulo consiste en hacer suya la ternura de Dios por su pueblo; "así se aprende a ser discípulo" (26). Jesús comienza a enseñar a esa multitud dispersa, para indicarnos que más allá del milagro hay algo que aprender y más importante que el pan material es El, pan para todos. Hay que reconocer a Jesús que parte el pan haciéndose



pan.

Y aquí tenemos un segundo contraste: la actitud de Jesús frente a la multitud **hambrienta** y la actitud de los discípulos. Deuteronomio 8,5 nos habla que "no sólo de pan vive el hombre", insinuando el hambre profunda de Dios. Pero las dos hambres, la de pan y la de Dios, son ministerio de la comunidad de Jesús (27). "¿podrá Dios preparar una mesa en el desierto?" (Sal 78,19), decía Israel en el desierto. "¿Vamos a comprar doscientos denarios de pan para darles de comer?", dicen los discípulos (Mc 6,37). A lo que Jesús responde: "Dénles ustedes de comer".

Los discípulos no entran en la lógica del pan. Ellos hablan de "despedir" a la gente porque no es problema que les afecta, o de "comprar" poniendo el problema en términos económicos. Que se vayan, que se compren, despídelos porque nosotros no podemos hacer nada... pero Jesús no habla de despedir, ni de comprar, sino de compartir. Compartir la preocupación (Me da lástima), compartir el pan (¿cuántos panes tienen?). Y el milagro se produce. "Comieron hasta quedar satisfechos y se recogieron doce canastas de sobras. Comieron cinco mil hombres" (6,42-43).

Lo que sobra no tiene proporción con lo reunido. Las doce canastas (una por cada discípulo) reflejarían la abundancia del pan de Dios y la plenitud del pueblo reunido (28). El gesto de Jesús (bendecir y partir) en este momento recuerda la cena y por eso puede pensarse que la multiplicación de los panes tiene resonancias eucarísticas. Pero tal vez es mejor pensar que tanto la multiplicación como la cena eucarística tienen como trasfondo histórico "las comidas llenas de alegría que Jesús celebró con los hombres de todos los estratos sociales y que deberían mostrar la alegría del tiempo de la salvación" (29). San Juan precisa que eran panes de cebada, es decir, era el pan de los pobres (30). El tiempo de la salvación se reconoce porque el Señor está "partiendo a los pobres el pan".

En este tiempo de salvación, los apóstoles tienen algo que aprender y algo que realizar. "Se los fue dando a los discípulos para que los repartieran" (6,41). El milagro del pan pone de manifiesto que Jesús está en medio de ellos como el que sirve (Lc 22,27). Ellos deben continuar esa diakonía de Jesús en favor de su pueblo hambriento. No pueden despedirlo ni desentenderse. Deben compartir y dar. Pero ellos "no habían entendido lo de los panes porque tenían el corazón embotado", nos dice Marcos. Ya antes había dicho que Jesús "obligó a los discípulos a que se embarcaran", y Juan completa "querían hacerlo rey" (Jn 6,15). Jesús quería cortar por lo sano esta falsa comprensión de su mesianidad que indica que no se le ha reconocido cuando se revela partiendo a los pobres el pan o caminando sobre las aguas. Aunque debemos confesar que el pasaje del caminar sobre el agua está lleno de dificultades exegéticas, parece sin embargo que la preocupación de Marcos es clara: poner de relieve la ceguera del discípulo ante Jesús que se revela. Porque ellos "aunque han compartido su pan, empujados por Jesús, no han comprendido el por qué compartirse así, tan sin reserva; por qué no tener tiempo ni para comer; por qué, dado ya el caso, no aprovechar la explosión de la popularidad en función de un proyecto mesiánico más amplio y eficaz políticamente; por qué Jesús los obliga a retirarse en el momento culminante del éxito popular" (31). No comprenden el misterio del pan que es compartir el mismo proyecto por la dinámica del servicio y la donación.

## **b-2) La pureza que divide y distancia (7,1-37)**

Entre las dos multiplicaciones de los panes, Marcos nos coloca una discusión provocada por la práctica escandalosa de Jesús y sus discípulos, que contrasta con la escrupulosidad religiosa de los judíos piadosos. La discusión la inician los fariseos y los letrados venidos de Jerusalén (7,1), pero Jesús presenta su punto de vista ante la gente (7,14) y ante sus discípulos (7,17). Vienen a continuación las escenas de la mujer sirofenicia (7,24s)

y la curación de un sordomudo (7,31s).

Los autores se preguntan sobre la relación existente entre temas tan dispares. Nosotros leemos el capítulo en el contexto general de la "sección de los panes", apoyados en Marcos que menciona el "comer pan" (7,2) y "el pan de los hijos" (7,27). Situado entre las dos multiplicaciones, el capítulo subraya por una parte el misterio de la incomprensión y dureza de corazón (7,18), al mismo tiempo que deroga la discriminación en comidas y abluciones que impiden a los hombres sentarse juntos a comer pan. La discusión viene de los fariseos (los separados) quienes consideran impuras a muchas personas por razón de su oficio o raza (samaritano, pagano, publicano). En su puritanismo evitan el "contagio" de esas personas y ante lo inevitable de su trato compensan con abluciones frecuentes. pero no se trata de higiene, sino de discriminación entre personas que no pueden sentarse a "comer el pan" juntos. Ya hemos dicho cómo Pedro y la primera comunidad tuvieron que enfrentar y superar este problema religioso (cf. Hech 10,30s).

Si Jesús hubiera actuado como los fariseos, habría excluido de su compañía (mesa) a una gran parte de la sociedad de su tiempo, pero su práctica es escandalosamente distinta. Cien mil hombres en el desierto han comido pan sin lavarse las manos y en el hecho se descubre un signo del Reino. Pero el legalismo judío cierra la puerta y excluye de la mesa a los que no son como ellos. "La postura farisea es típica de una cierta mentalidad incapaz de alegrarse viendo una multitud saciada, pero que tiene el coraje de entristecerse porque no han sido observadas las normas. Cierta tipo de gente no tendría nada que decir por el hecho de que los hombres mueran de hambre. Con tal de tener las manos limpias..." (32).

Jesús denuncia proféticamente la hipocresía de esa piedad que discrimina y divide a los hombres (7,6) y pone al descubierto la pretensión de todo ese juego de prácticas religiosas: "anular el mandamiento de Dios

para sustituirlo por preceptos humanos" (7,9.13). Jesús mismo cita ahora un ejemplo concreto de esa pretensión de utilizar a Dios contra los demás, contra los necesitados. La práctica judía de declarar "qorban" (ofrecido al templo) (33) los bienes con los que uno podría ayudar a sus padres. Es declarar sagrado e intocable algo que debería servir para ayudar a los necesitados, justificándolo como voluntad de Dios (v. 10). El colmo del descaro y de la hipocresía, utilizar a Dios para desentenderse de los demás (34).

La palabra de Jesús es dura: ¡Hipócritas...! culto inútil, corazón lejano de Dios, incapacidad de entender (v. 18). Si esas prácticas de aparente preocupación por Dios llevan a despreocuparse de los demás, si en vez de unirnos para compartir el pan, nos distancian y dividen, deben ser proscritas y condenadas. "Declaraba puros todos los alimentos" (7,19), nos dice Marcos. Y Lucas irá aún más lejos cuando hace decir a Pedro: "Me ha enseñado Dios a no llamar impuro a ningún hombre" (Hech 10,28). La ley humana en este caso con sus minuciosos preceptos "es el muro que divide" (Ef 2,15) y que Cristo anula con su práctica para escándalo de los "separados" de todos los tiempos. Lo que impide compartir el pan no son las manos sucias, sino el corazón duro y cerrado para comprender y aceptar (7,20-23). Y deberíamos preguntarnos qué significa la fuerza integradora de la práctica de Jesús en una sociedad y en una Iglesia dividida por "purezas" de costumbres o de doctrinas, pero donde la sospecha, la duda y la desconfianza entre los hombres, con la consiguiente "separación", están a la orden del día (35).

Como un gesto que proclama esta apertura universal de Jesús, Marcos narra a continuación el pasaje de la mujer sirofenicia. "Se marchó de allí y fue a la región de Tiro". Dejó el territorio de los puros y fue a los paganos a los perros (así lo llamaban los judíos) (36), para llevarles también a ellos "el pan de los hijos". Es verdad que Jesús dice a la mujer: "Deja primero que se **harten** los hijos" (v. 27). Pero el verbo "hartarse" (Cf. también 6,42 y 8,8) que entronca con las dos multi-

plicaciones y el diminutivo "perritos" que utiliza Jesús, no sólo suavizan lo que se podría leer como insulto, sino que demuestra que en la mesa del Reino hay pan para todos. Así lo explicita Mateo cuando dice "Vendrán muchos de Oriente y Occidente a sentarse a la mesa..." (Mt 8,11).

El capítulo había comenzado por la recriminación de los entendidos y termina, en tierra de paganos, con una confesión admirable de la gente sencilla. Ante la curación de un sordomudo, "en el colmo de la asombro decían: Qué bien lo hace todo, hace oír a los sordos y hablar a los mudos" (7,37). Es que más allá del milagro histórico, Marcos resalta su valor simbólico de revelación de Jesús y "su capacidad para abrir ojos que no ven y oídos que no oyen" (37). En los gestos se reconoce la presencia de salvación ofrecida como pan para todos.

### **b-3) El banquete mesiánico (8,1-10)**

El capítulo 8 es sumamente genérico en cuanto al lugar y al tiempo. Tan sólo en v. 10 se dice que se fue a la región de Dalmanuta (para nosotros desconocida). Pero por el pasaje de la mujer sirofenicia y los datos de 7,31 parece que Jesús se encuentra fuera de Galilea, en territorio de la Decápolis, territorio pagano.

¿Es una nueva multiplicación de los panes? Los autores no se ponen de acuerdo, aunque se sospecha que sea el mismo acontecimiento. La réplica de los discípulos en el v. 4 "¿de dónde se puede sacar pan aquí en despoblado?" no tiene sentido si ya han sido testigos de la primera multiplicación. De todos modos el evangelista va a lo esencial y habla expresamente de dos acontecimientos distintos (v.19). Su intención didáctica predomina sobre la histórica (38) y lo que está en juego es, una vez más, "lo de los panes" que los discípulos no entienden. Desde esta perspectiva la multiplicación del capítulo 8 es la culminación de esta sección central: el pan de los hijos ofrecido a todos y no sólo "las migajas". Y esta vez ya abolidas las prescripciones sobre lo puro o impuro,

sin ninguna exclusión y sin ningún impedimento.

Comienza la narración constatando que Jesús mismo no puede despedir a la gente porque "algunos han venido de lejos" (8,3). Esta expresión designa a los paganos y la apertura universal de la salvación (Cfr. Hech 2,22 y Ef 2,12-13). Parece ser que Marcos narra este acontecimiento porque anticipa la eucaristía y porque lo considera como signo dado a los gentiles (39), signo de apertura universal.

Subrayamos tres elementos que nos parecen importantes. En primer lugar, un pueblo innumerable **en necesidad**: "no tiene qué comer" (8,1-2), "desmayar por el camino" (8,3). En segundo lugar la **compasión** de Jesús. En la primera narración se hablaba de ella en estilo indirecto ("sintió lástima"). Aquí Jesús mismo habla. "Me da mucha lástima de esta gente". Y llama a sus discípulos como para hacerles saber y comunicarles sus mismos sentimientos. Se resalta la iniciativa de Jesús "como si quisiera despertar a los discípulos de su inconsciencia" (40). El tercer aspecto que Marcos resalta es precisamente la **inconsciencia**, la incomprensión, el desinterés de los discípulos. "¿De dónde se puede sacar pan...?" (8,4). No es su falta de inteligencia lo que se resalta, sino su poca disponibilidad para asumir como problema propio la necesidad de la multitud.

Como respuesta Jesús dice: "¿Cuántos panes tienen...?" (8,5). Como indicando: ¿cuánto están dispuestos a dar, a compartir? La falta de inteligencia se traduce en cerrazón y aislamiento egoísta ante esa multitud que no tiene qué comer y puede desfallecer por el camino. El "cuántos panes tienen..." de Jesús es algo así como el "dénles ustedes de comer".

### c) Ceguera y reconocimiento (8,10-30)

La última parte de este camino podríamos extenderla desde el 8,11 al 8,29. En 8,30 se dice que "comenzó..." sugiriendo un nuevo comienzo. Aunque de

todos modos resulta difícil decir si la confesión de Pedro, central en este evangelio, representa el final de una etapa o el comienzo de otra. Tal vez tiene un poco de las dos cosas. Desde nuestra perspectiva resultan claves dos temas: la dureza de corazón y la confesión de Pedro (41).

Marcos nos presenta la dureza de corazón (es decir, la negativa a creer, aceptar y comprender) de dos grupos: los fariseos y los discípulos a los que expresamente se les previene de no caer en lo mismo, de "guardarse de la levadura de los fariseos". "Salieron los fariseos", dice Marcos, sin indicar tiempo o lugar. Interesa sobre todo su animosidad y cerrazón de corazón ("para discutir, para ponerle a prueba"). Una vez más utilizan a Dios como pantalla, "piden una señal del cielo", es decir, un sello de garantía, algo espectacular que venga del cielo, de Dios. Se sitúan en la perspectiva de los contralores y espectadores, pero no de los comprometidos. "Piden un signo del cielo porque son incapaces de ver los signos de la tierra y de leer el Reino en ellos: saciar el hambre, curar, preocuparse de la suerte del pueblo. Su cielo y su Dios no se ocupan de esas cosas" (42).

Por toda respuesta Jesús da un profundo suspiro, expresión de su impotencia ante la negativa a creer de los fariseos. Ellos piden pruebas para creer. Pero para Jesús las cosas son al revés. Es la fe la que produce el milagro, no a la inversa (Cf. 6,5-6). Con ella todos los signos se hacen transparentes, especialmente el signo del pan. ¿Entrarán los discípulos en el juego de los fariseos?

Dice Marcos que Jesús "los dejó... y se fue a la orilla de enfrente" (8,13). Una actitud de Jesús que contrasta con la mostrada en la multiplicación de los panes. Allí, no se distancia o desinteresa, sino que se preocupa porque pueden desfallecer. Aquí, "los dejó... y se fue a la orilla de enfrente".

Pero a Jesús, (y a Marcos), le preocupan los discípulos, expuestos a la levadura de los fariseos. Ya

en 6,52 y en 7,18 se ha constatado su incomprensión. Ahora se insiste en ella por extenso con dos imágenes asociadas: la del pan y la de la levadura. Tampoco ellos logran entender el signo de los panes; "tienen ojos y no ven, oídos y no oyen" (8,18).

La ocasión para esta nueva pedagogía sobre la incredulidad la ofrece un descuido de los discípulos a quienes, al embarcarse con Jesús, "se les olvidó llevar **pan** y no tenían más que **un pan** en la barca" (8,14). Extraña constatación la de Marcos, "no tenían más que un pan". El olvido de los discípulos genera ansiedad, la preocupación por la subsistencia, "no habían comprendido". Frente al olvido de sus discípulos, Jesús recordará las dos multiplicaciones y la abundancia de sobras recogidas, signo elocuente que invita a la fe. Después de ese signo, no debía inquietarles nada si llevan en la barca a Cristo, único pan que sacia plenamente al hombre. Pero ellos no han captado el valor de los signos dados por Jesús. Siguen cerrados sobre su pequeño mundo de intereses (su pan), y no comparten la compasión de Cristo ni son capaces de aceptarlo como "único pan". La catequesis de Marcos parece invitarlos a "buscar primero el Reino" (Mt 6,33). "Tienen ojos y no ven, oídos y no oyen". Su incomprensión y su ceguera los ponen al nivel de "los de fuera" (fariseos Mc 4,11-12), de los que no captan el sentido de los panes y necesitan otro tipo de signos (del cielo). Por eso Jesús les previene que se guarden "de la levadura del pan de los fariseos y de Herodes" (8,15).

En el judaísmo la levadura era una imagen negativa (43) para significar la influencia que alguien podía ejercer sobre otros. Significaba también el instinto malo o las malas intenciones, en este caso de los fariseos y de los herodianos. Marcos ya nos ha hablado de estos dos grupos extraños que se unen contra Jesús. "Nada más salir de la sinagoga, los fariseos se pusieron a planear con los herodianos el modo de acabar con El" (Mc 3,6). El punto de coincidencia entre Herodes y los fariseos "era su odio contra Jesús, su hipocresía, pero de manera especial, su espera de un mesías de corte político y na-



cionalista" (44).

Con siete preguntas sucesivas, siete reprensiones, Jesús critica duramente la incredulidad de sus discípulos que, al no aceptar el signo de los panes, muestran una dureza de corazón semejante a Herodes o los fariseos (Mc 3,5). Su incapacidad para captar el signo de pan no es otra cosa que su resistencia a entrar por el camino de Jesús, no del poder o arrogancia que privilegia o margina, sino el camino de la donación y el servicio, haciéndose pan para todos, acogiendo a todos, especialmente al pueblo que "puede desmayar por el camino".

La secuencia termina con una pregunta enigmática: "¿no acaban de comprender?" (8,21), que no se dirige sólo a los discípulos sino a todos los lectores del evangelio, "los discípulos fueron los prototipos de muchos cristianos del tiempo del evangelista, como los de Corinto, que no entendieron el verdadero significado de la cena del Señor" (45).

La escena siguiente, la curación de un ciego, revelará la capacidad de Jesús de "abrir ojos que no ven y oídos que no oyen" (46).

El signo del pan se hace transparente cuando se acepta a Jesús como único pan y se decide entrar por el camino significado en el pan: vida ofrecida para todos. Se puede partir el pan sin comprender el signo, sin reconocer al Señor. Y en ese caso, vale también para nosotros el reproche que el mismo Señor dirige a sus discípulos en esta sección de los panes: "Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí" (Mc 7,6).

### 3. ¿Te reconocemos, Señor, al partir el pan?

Al final de estas reflexiones caemos mejor en la cuenta de la complejidad y riqueza del "partir el pan" de Jesús en que nosotros le reconocemos. Por eso me parece que el lema del Congreso eucarístico queda más

como pregunta e interpelación que como afirmación. ¿Te reconocemos, Señor? No basta decirlo, ni siquiera confesarlo públicamente en un Congreso eucarístico. Todo eso es importante y hay que hacerlo, pero no basta.

El "partir el pan" de la eucaristía es un momento cumbre de la vida de Jesús, expresión de toda su vida, de sus opciones y actitudes. Representa el final de un camino en el que ha ido partiendo y repartiendo el pan. Y cuando todo lo ha dado sin reservarse nada, no posee para expresar su vida sino su muerte. Nosotros, para comprender su muerte, su entrega por todos, hemos señalado los hitos de sus comidas, síntesis de su camino y de su mensaje. A lo largo de su caminar, ha asumido el hambre de los hombres, sus hermanos, ha cargado con sus dolencias y enfermedades (Mt 8,17), ha compartido su pan y su amistad con los desfavorecidos y marginados, derribando barreras sociales y religiosas para que todos, sentados a la misma mesa del pan de Dios, celebren y compartan la salvación. Y al final ha querido concentrar toda su vida, sus opciones y solidaridad en un gesto: partir el pan.

En un mundo de luchas y de conflictos, de marginaciones y discriminaciones, quiso sintetizar en un gesto el proyecto de su vida: reunir a los hijos dispersos y sentarlos a todos a la misma mesa. Para eso murió y por eso lo mataron. Reconocer al Señor en el partir el pan no puede ser un rito que enmascara o elude la conflictividad de nuestra historia, sino la celebración de su presencia en medio de nosotros para construir la mesa de la comunión y la solidaridad. Reconocer al Señor es asumir el compromiso que le costó la vida. Y es precisamente la prolongación de este compromiso "en memoria de El" lo que fundamenta la esperanza cristiana en el mundo (47).

La fracción del Pan, en la que se reconoce al Señor, encierra una exigencia de reconciliación y reconstrucción de un mundo roto, haciendo saltar las barreras que nos dividen y distancian, barreras de discriminación o privilegios, barreras de indiferencia o desconfianza. Sólo así

es posible la solidaridad de los que, por partir el mismo pan, formamos un solo cuerpo (1 Cor 10,16-17).

Pero para que esta solidaridad sea real, debemos participar de algún modo en el escándalo provocado por las comidas de Jesús, al acercarnos a los excluidos, marginados y condenados de nuestro mundo, en fidelidad a alguien que también fue condenado y excluido por su mundo. Esto exige quizás revisar nuestras solidaridades. "¿Porque ¿acaso es posible celebrar la ejecución de quien fue considerado un bandido y un delincuente y mantenerse alejado de los "condenados de la tierra"...? Los que celebran la eucaristía ¿son verdaderamente solidarios de quien ha sido asesinado? ¿Qué significa ser solidario de éste en nuestra sociedad? ¿Cómo pueden expresar esta solidaridad?" (48).

Compartir el pan de Jesús es compartir sus actitudes, su compasión, su sensibilidad ante el hambre (de cualquier tipo) de las multitudes que corren peligro de "desmayar por el camino". Y ante esa hambre, estar dispuesto a hacerse pan, de dar y darse como Cristo, pan de vida para todos.

Partir el pan es, también para nosotros, la síntesis de nuestra vida y de nuestro compromiso cristiano en fidelidad a Jesús. Por eso sólo la seriedad de nuestra vida y de nuestro compromiso proclamarán la verdad de nuestra confesión de fe: **"Te reconocemos, Señor, al partir el pan"**.

#### NOTAS:

- 1 Behn, TWNT III 728; León Dufour, **La fracción del pan**. Culto y existencia en el NT. Cristiandad 1983, p. 38.
- 2 J. Roloff, **Hechos de los Apóstoles**, Cristiandad 1984, p. 486; E.

- Haenchen, **The Acts of the Apostles**, Blackwell 1971, p. 707.
- 3 Behm, o.c. 729.
- 4 J. Jeremías, **The eucharistic words of Jesus**, SCM Press 1<sup>st</sup> ed. London 1964, p. 204; J. Jeremías, **Abba**. El Mensaje central del NT, Sígueme 1981, p. 259. Este aislar las palabras o la misma eucaristía resulta empobrecedor teológicamente hablando. Para compensar ese empobrecimiento y vacío se ha rodeado la eucaristía de exterioridades (genuflexiones, flores, adornos...) pero no nos hemos preocupado tanto de rodearla de justicia, solidaridad, fraternidad...
- 5 J. Jeremías, **La parábola de Jesús**, edv 1969, p. 274.
- 6 J. L. Espinell, **La cena del Señor, acción profética**, PPC 1976, p. 31.
- 7 León Dufour, o.c. 52.
- 8 Jeremías, **Parábolas**, 274.
- 9 J. Jeremías, **Teología del NT**, Sígueme 1974, p. 137. El escándalo de estos compañeros de mesa queda resaltado en A. Holl, **Jesus in Schlechter Gesellschaft** (Jesús en malas compañías), Deutsche Verlag, Astalf; M. Drouzy, **Jesús come con los pecadores**, en *SelTeo* IV (1965), 312-318; J. Pohier, **¿Predicar sobre la montaña o cenar con meretrices?** en *Con* 130 (1977), 493s.
- 10 Jeremías, **Abba** 260.
- 11 Hablamos de sacramento como el signo que expresa y produce lo significado; la amistad, la gracia. La comida es un "sacramento" en todas las culturas. Ver el interesante artículo de D. Irarrazaval, **Ritual andino, eucaristía, cosecha de paz**, en *PAZ, tarea de todos*, año I, Nº 5, p. 48s.
- 12 Jeremías, **Teología del NT** 207.
- 13 Jeremías, **La promesa de Jesús para los paganos**, ed. Fax 1974, p.87.
- 14 Jeremías, **Abba** 261.
- 15 Jeremías, **Teología del NT** 142.
- 16 M. Gesteira, **La eucaristía, misterio de comunión**, Cristiandad 1983, p. 21.
- 17 C. Vallejo, **Obra poética**, Mosca azul, Lima p. 280.

- 18 Behm, o.c. 729.
- 19 L. Dufour, o.c. 41s.
- 20 Gesteira, o.c. 92; L. Dufour, o.c. 34; M. Legido López, **La fraternidad en el mundo**, Sígueme 1982, p. 92.
- 21 Léon-Dufour, o.c. 276.
- 22 Legido L., o.c. 95.
- 23 V. Taylor, **Evangelio según san Marcos**, Cristiandad 1979; J. Gnilka, **El evangelio según san Marcos I-II**, Sígueme 1986; A. Pronzato, **Un cristiano comienza a leer el evangelio de Marcos** (3 vol.), Sígueme 1982; J. Radermakers, **Il vangelo di Gesu secondo Marco**, EDB 1975.
- 24 Radermakers, o.c. 178.
- 25 Pronzato, o.c. I 317.
- 26 Radermakers, o.c. 179.
- 27 Juan Pablo II explicó entre nosotros este doble ministerio de la Iglesia, atender al hambre de Dios y al hambre de pan de nuestros pueblos: "Aunque la Iglesia siente el deber de ser fiel a su misión prioritaria de carácter espiritual, no olvida tampoco que el empeño en favor del hombre concreto y de sus necesidades **forma parte inseparable de su fidelidad al Evangelio**" (subrayado en el original)... "No puede faltar el pan de cada día a los pueblos jóvenes. Por el bien del Perú no puede faltar, se debe hacer todo para que no falte este pan de cada día porque es un derecho..."
- 28 G. Lohfink, **La Iglesia que Jesús quería**, DDB 1986, p. 41s.
- 29 Gnilka, o.c. I 306.
- 30 L. Dufour, **Diccionario del NT**, Cristiandad 1977, p. 135.
- 31 C. Bravo, **Jesús hombre en conflicto**, CRT México 1986, p. 131.
- 32 Pronzato, o.c. 352.
- 33 Taylor, o.c. 398.
- 34 Pronzato trata de adaptar la práctica del "qorban" a nuestra mentalidad y nuestros ambientes. Dice: "es siempre un ofrecimiento contra alguien. En el sentido de que los gastos son pagados regu-

larmente por otros... La hipocresía está precisamente en eso: se ofrece, en términos de caridad, lo que se debería en términos de justicia". o.c. p. 352.

- 35 Cf. Los artículos de Drouzy y de Pohier citados en la nota 9.
- 36 Taylor, cita el dicho de rabí Eliezer: "el que come con un idólatra se asemeja al que come con un perro" o.c. 413.
- 37 Gnilka, o.c. 306.
- 38 Taylor, o.c. 430.
- 39 Taylor, o.c. 421.
- 40 Radermakers, o.c. 187.
- 41 No es tan claro que la confesión de Pedro no necesite una ulterior purificación y clarificación. El mismo Jesús llamará "satanás" a Pedro y le dirá que "sus pensamientos no son los de Dios".
- 42 C. Bravo, o.c. 137.
- 43 Taylor, o.c. 432.
- 44 Gnilka, o.c. 362.
- 45 Taylor, o.c. 429.
- 46 Gnilka, o.c. 275.
- 47 G. Fourez, **Sacramentos y vida del hombre**, Sal Terrae 1983, p. 76.
- 48 G. Fourez, o.c. p. 82.

Tomado de **Páginas** Nº 89-90, abril 1988, p. 27-47.